

DESDE LO SINIESTRO*

Psicoanálisis y circunstancias

Rafael Paz**

Podría pensarse a lo siniestro como vivencia significativa, aunque entre muchas otras, y en todo caso destacada por el memorable análisis que de ella hiciera Freud.

Pero en verdad, su examen da cuenta de aspectos esenciales del metabolismo simbólico de la subjetividad y de sus ligaduras con el mundo.

Para explorar su trama procederemos, como suele hacerlo el psicoanálisis, yendo desde el padecer hacia verdades escindidas donde juega la dialéctica entre las configuraciones tendencialmente universales y lo irreductible de cada uno.

En efecto, a lo vivido hay que entenderlo en el nivel de complejidad abierta que caracteriza a toda experiencia prototípica, y que naturalmente sólo se realiza en lo concreto y singular. Lo cual requiere prudencia respecto de las ilusiones de claridad que podría brindar alguna abstracción definitiva, pues en rigor empobrece.

Por otra parte, siempre ha existido una heurística psicoanalítica en pos de entramados profundos y transculturales, y en tal derrotero las vivencias de lo siniestro tienen cabida.

En efecto, si con la densidad que poseen hallan resonancia empática al ser trasmitidas, se hace plausible la existencia no sólo de estructuras “vacías”

* Ponencia en la clausura del Congreso Peruano de Psicoanálisis, desarrollado entre el 12 y el 14 de octubre de 2001. Fue su discutiador el Dr. Max Hernández.

** El Dr. Rafael Paz es psicoanalista miembro de SAP.

que atraviesan tiempos y geografías, sino de composiciones fantasmáticas con matrices semejantes.

Nuestra indagación tendrá como fondo situaciones de elevada implicación personal y, desde allí, analizaremos lo que la lente cruel de lo siniestro muestra de determinadas circunstancias sociales y de las estructuras que las soportan.

No se trata estrictamente de psicoanálisis aplicado, que por definición supone la exportación de criterios y modelos propios para interrogar otros planos de la vida social, sino de poner a prueba la fecundidad del psicoanálisis en cuestiones que desde el sufrimiento personal interrogan órdenes de relación que sustentan lo cotidiano.

La conceptualización psicoanalítica requiere desprender del material núcleos diferenciables de vivencias para desentrañar sus lógicas específicas, más que buscar denominadores comunes elementales. Esto no elimina el lugar clave de la angustia, el dolor, el placer o la pena en el campo analítico, puesto que son los cauces privilegiados en el desentrañamiento de sentidos y en la elaboración/superación de defensas, así como constituyen organizadores conceptuales de una teoría psicoanalítica de las emociones.

Pero lo siniestro no es un mero derivado adjetivable de la angustia, aunque naturalmente ésta la impregna: se trata de una configuración existencial que muestra las raíces de nuestro ser desde el sesgo de una totalización arcaica y negativa.¹

Lo que se pone en juego en este caso es un ámbito involucrante en tanto ineludiblemente propio y que atrapa desde el Self corporal, expuesto en su fragilidad esencial. El carácter total de la situación imposibilita la huida por un doble motivo: somos puestos allí por el poder hacedor de la estructura, pero además nos fascina.

En efecto: el masoquismo que anonada en la captura se enhebra con la enunciación evanescente de que algo esencial referido a nosotros mismos llegará a saberse.

De allí lo peculiar, dentro de lo claustrofóbico, de esta experiencia:

- totalización primaria,
- familiaridad,
- abatimiento en el goce pasivizante de una entrega ligada a lo inminente

de una clarividencia horrible referida a nuestro ser.

Triple pliegue, entonces, marcando cada uno la catástrofe subjetiva en un espacio continuo, topológicamente discernible, que va desde lo habitual a lo siniestro y desde lo siniestro al vislumbrado ámbito de la pasivización absoluta, sin amor, pero con la desnudez de la verdad como atractivo.

El corte, de producirse, determinaría el salto, ya sea precipitando la desorganización psicótica, ya la vuelta hacia al mundo de todos los días.

El juicio de realidad se gesta en el seno de conflictos y equilibrios inestables desde las experiencias de plenitud, idealización y persecución primordiales, y no a partir de captaciones sensoriales autónomas integradas en una funcionalidad que sólo excepcionalmente es perturbada.

Es claro que una cierta autonomía existe, pero relativa, puesto que la actividad preconsciente transcurre en el seno de una producción imaginante continua, siendo permeable de modo variable para con lo disociado y reprimido.

Lo siniestro determina un quiebre en el entramado de la omnipotencia y negación residuales con la aceptación depresiva del mundo sobre la que el juicio de realidad sustenta su movimiento oscilante.²

Y siendo el Self ante todo un Self relacional y emocional³, surgido de la coalescencia del cuerpo con los otros primordiales, el retorno de fragmentos escindidos que convergen en una Gestalt siniestra puede ocurrir en contextos muy diversos.

Y cabe lo de retorno, pues ninguna expresión da cuenta mejor de la calidad de lo siniestro como fracaso del atemperamiento de la función de realidad. Su poder, precisamente, obedece a esta capacidad de sobreimpresión y cambio de calidad de los mundos perceptuales cotidianos: de ahí la claustrofobia y la cercanía con extrañamientos típicos de los derrumbes desorganizativos.

En efecto, el lecho desde el cual brotan las vivencias delirantes primarias —el así llamado Wahnstimmüng (temple delirante) por los fenomenólogos— tiene en plenitud el campo habitual del sentido, por lo que es imposible sustraerse.

Y de este modo se suscitan experiencias pertenecientes a un orden otro,

radicalmente separado y englobante, que constituirán la matriz del delirio.

Lo siniestro que se mantiene como tal, en cambio, no corta el lazo con lo habitual —de ahí lo de pliegue que decíamos—, sino que lo ocupa, mutando la clave de lectura del acontecer hacia el lado maligno de la cosa.

El universo de la objetividad persecutoria, “antilibidinal”, usando extensivamente la expresión de Fairbairn, invade, se aposenta y goza.

De donde la cercanía —el otro pliegue—, con la perversión, donde impera la ambigüedad y en la cual se tramita el juego sexual sin amor, en la legalidad sobrecogedora de la discrecionalidad del otro.⁴

Lo siniestro juega en un nivel simbólico ya articulado de modo complejo; la castración en tanto culminación distributiva de diferencias y lugares es dominante, pero con extrema permeabilidad hacia lo primordial malo y totalizante. De ahí los desdoblamientos y multiplicaciones, al romperse la pregnancia adquirida de las “buenas formas” y reinar la desagregación y fragmentación consumada o inminente del cuerpo propio y de los otros.

La dimensión “estética” de la experiencia —de esa manera peculiar Freud la ubica en el inicio de su artículo— muestra su raíz “moral”, al caer los pactos acumulados de integridad de los cuerpos, cuidado recíproco y lugares pertinentes, exteriores e interiores, para lo muerto y lo vivo.

Pactos que se tejen partiendo de continentes matriciales y espacios transicionales donde la masa de percepciones, a pesar de su diversidad, sedimentan experiencias integrables.

Aquellas incluyen “envolturas narrativas” (D. Stern), fundamentales para poder pensar pensamientos, soñar sueños y ligarse depresivamente al juego de verdad y ficción que sostiene la convivencia.

Por su parte no todo lo persecutorio es digerible ni mucho menos, pero sí puede identificarse proyectivamente en espacios propios y ajenos diversos que funcionen como depositarios adecuados, con grado variable de escisión y distancia.

La concepción misma de posición depresiva implica la imposibilidad de integración total y por ende la existencia de lugares “de la mente, el cuerpo o el mundo”⁵ donde persista lo dañino/dañado, con grados variables de virulencia, y es esto lo que en su vuelta impregna sin dejar resquicio, cambiando omnipotentemente las claves de lo familiar, que constituyen el sedimento emocional alrededor del cual bascula el juicio de realidad.

El atrapamiento en un continente que mima a la madre totalizada pero desde su faz de distancia y abandono, convoca los ecos de todo el repertorio singular de figuras de lo malo.

Por su entidad simbólica lo siniestro es edípico, pero en la pendiente regresiva se opera una degradación del padre y la madre, deviniendo imagos persecutorias.

Allí reside el clímax, pues lo malo en tanto ilimitado reintroduce el vértigo agorafóbico dentro del encierro, y en el plano de su concurrencia activa y fusional como figura combinada antilibidinal aquellos tienen por fin, desublimando, desconcebirnos.⁶

Un poder más allá

Cursaba aproximadamente el segundo año de mi análisis de formación —cuatro y a veces cinco sesiones semanales y un aquí-ahora-conmigo que no excluía las incursiones históricas y reconstructivas— con una alta implicación transferencial, fruto del modo de conducirlo y de mi consustanciación regresiva y reflexiva.

En tales circunstancias recibo en la tarde anterior a una sesión de mitad de semana el aviso que al día siguiente mi analista no iba a poder atenderme.

Se trataba de algo infrecuente aunque de cualquier modo no me resultó asombroso, pues la idealización transferencial en curso de cualquier manera concedía cierta cabida a las contingencias humanas.

Acudo a la próxima sesión y en determinado momento hablo de la suspensión del encuentro.

Al comienzo no recibo comentario alguno aunque percibo que se acentúa la parquedad de mi analista, hasta que me dice, extremando el tono imparcial, que el mismo día lo habían llamado de parte mía para decirle que no podía concurrir a sesión.

Quedo azorado, y al recuperarme van apareciendo asociaciones diversas que no recuerdo, aunque sí la sensación de extrañeza y angustia que precipitaron finalmente en la idea de que alguien, rápidamente imaginada una mujer, quizá su secretaria, había enloquecido.

La idea siguió perfeccionándose, pues en rigor se trataría de aquella que

por fin mostraba, en un acto nítido y definitivo, la locura que siempre había ocultado.

Hasta entonces me había impresionado bien en términos generales, pero su correcta circunspección tenía algo de intimidante.

Cuando se produce lo narrado ese borde ambiguo se llenó rápidamente de fantasías referidas a que una inmensa locura estaba encapsulada allí, en el consultorio, en paralelo con el lugar propicio que constituía para el anidamiento regresivo y las seguridades absolutas.⁷

Este supuesto haber intuido algo es crucial en la experiencia y expresa el punto —o segmento, topológicamente hablando—, en el cual la percepción, como involucramiento del ser, defiende sus coordenadas habituales desde el universo de certezas que precisamente en ese instante sucumbe.

El episodio quedó como algo inasimilable en la medida que un extraño —aunque no tanto— sabía de nuestros horarios y podía regirlos inmiscuyéndose a discreción en la intimidad del análisis.

Las garantías de extraterritorialidad se derrumbaron y al restablecerse lo hicieron parcialmente, perdurando como una típica situación traumática. También se planteó una cuestión formal en la cual se trasuntaba la rareza toda del caso: ¿cómo resolver lo atinente al pago de la sesión?

Finalmente acordamos —creo que la ocurrencia (culposa) fue mía— dividir el monto por partes iguales, con lo cual hube de pagar media sesión. Esa media sesión concretizó simbólicamente la unidad partida por una intervención omnipotente, indiscernible, concedora (¿hasta qué límite?) de lo nuestro y que, es claro, podía reaparecer en cualquier instante y vaya a saber de qué manera.

El padre analista fue incapaz de poner coto a la loca encerrada en la casa que seguramente seguía habitándola, tal vez de nuevo constreñida, pero en un mundo que había perdido su equilibrio y su seguridad.

Aunque de cualquier modo, su desconcierto y vacilación lo mostraron humano, perteneciente por lo tanto al buen lado, en vez de —él también— mostrarse como loco o secuaz dominado.

Siempre tuve la esperanza —que muy luego hice plenamente consciente— de que el misterio se develara, lo que nunca ocurrió.

Aquella necesidad de saber se potenciaba en el deseo de aprovechar la puerta abierta por lo insólito del suceso para ingresar más en la intimidad de

la vida de mi analista anhelando la confesión del extravío —a cierta altura lo admitía como circunstancial— de la secretaria - pariente (tía) - mujer loca.

La epistemofilia labraba su camino en el seno de lo traumático, pero no sólo aprovechándolo secundariamente —eso era cierto en un plano secuencial ostensible y descriptivo— sino como componente primordial constitutivo de la experiencia siniestra. Sensación que, por otra parte, e incluso al evocarla actualmente, nunca se disipó.

Y esto hace al eje de nuestro tema: el hincar en niveles muy profundos de lo entrañable, cambiándolo de signo, genera un vínculo símil perverso de quien lo padece con lo padecido.

El problema ante lo siniestro es que toca raíces de nuestro ser en los sentimientos de fusionalidad, contención primaria y confianza, mostrando una cara invertida, dañina, de lo mismo y es el punto donde revela todo su valor la intuición freudiana del viraje desde lo familiar hacia aquello que lo sigue siendo, pero radicalmente alterado.

El espacio de lo habitual se suspende, aunque a la vez continúa en el pliegue de un acontecer que en la catástrofe topológica hace que todo se muestre corrida apenas —un apenas que se vuelve absoluto— la perspectiva total de la situación, por otro lado involucrante en plenitud. Pues lo siniestro nos atañe esencialmente, por lo que nos fascina e impele a huir desesperadamente mientras permanecemos en la atmósfera —L— que amenaza constituirse en nuestro habitat definitivo.

Es aquí donde juega ese otro rasgo al que ya aludimos y que es central en esta configuración existencial: su totalización.

En efecto: lo siniestro totaliza como instalación en un mundo radicalmente nuestro pero que no queremos que lo sea, y al cual reconocemos en el modo sensorial de los “estados”.

Y además, por completo pasivizados:

- Por un poder que está mucho más allá de nuestras fuerzas.
- Que nos engloba sin resto.
- Que sugiere y oculta la revelación de verdades esenciales referidas a nosotros mismos, a nuestras flaquezas y a la crueldad de los objetos primarios.

Terror y sutilezas

A mediados de 1976, pocos meses después de instaurada la última dictadura, recibo amenazas anónimas que incluían un costado extorsivo — dinero a ser entregado en determinado lugar y hora— si quería evitar las consecuencias de aquéllas.

No era inesperado dadas las circunstancias y mi personal vulnerabilidad, pero de igual modo supuso el quiebre de la extraterritorialidad ilusoria que es uno de los ejes fantasmáticos que nos sostiene.

Se trata del salto cualitativo en el pasaje desde lo posible, a lo probable y a lo efectivo, y el quedar a merced de un poder discrecional y anónimo que a la vez formaba cuerpo con el dispositivo de Estado.

En experiencias así el poder se palpa y se toca, se corporiza, en el doble aspecto de volverse concreto y de convocar los miedos por nuestro cuerpo: secuestro, torturas, muerte.

De común acuerdo con quienes me acompañaban en esas circunstancias se decidió hacer una denuncia pública y a la vez otra formal en tribunales, que incluía un costado penal, por la extorsión mencionada.

Está de más decir la vivencia absoluta de irrealidad que acompañaba los trámites meticulosos frente a la justicia en tal denuncia contra —por definición— N.N., mientras en otro plano se ponían en marcha distintas coberturas de solidaridad y hacíamos responsable por nuestra vida al ministro del Interior.

No es esta la dimensión macro que quiero desarrollar, sino sólo indicar las coordenadas generales de la situación, para centrarme en algo que tuvo lugar a partir de la puesta en marcha de los pasos legales.

Al tener aquel sesgo extorsivo, el juzgado giró a la dependencia pertinente la indagación, por lo que fui interrogado como víctima por investigadores especializados.

Además de que abogados amigos me habían informado que se trataban de “las mejores personas que podía encontrar en ese lugar” me hallé, en efecto, con técnicos meticulosos y dedicados, con una evidente experiencia e interés nítidamente circunscripto a “lo suyo”.

Así parecía y así deseaba yo que fuera, más allá del escepticismo —por obvias razones— de que pudiera llegar a desentrañarse el origen de la extorsión.

Pero al juego había que jugarlo.

Y aquí vale lo de juego, pues en un sentido terrible de eso se trataba: cada uno de nosotros hacíamos bien nuestro papel, pero corriéndose un tanto todo poseía una irrealidad formidable.

Y es sobre ese trasfondo de acontecimientos y vivencias de provisoriedad absoluta y acciones formales, dolorosamente conocido —más aun por quienes han peregrinado en busca del paradero de seres queridos y que nos hace sentir que las cadencias burocráticas perdurarán tersamente más allá de nuestra vida—, que ocurrió lo que quiero traer a colación.

Meses después, con nada resuelto, por supuesto, ni en el país ni en la situación personal, recibo un pedido de entrevista.

Cuando llega la persona en cuestión me resultó vagamente familiar y a poco andar así se lo comento.

Responde que, efectivamente, hacía un tiempo nos habíamos encontrado en circunstancias difíciles para mí, pues había sido destinado a nuestro caso.

Agrega que tuvo una excelente impresión de nosotros —mi mujer y yo— y ante dificultades personales que estaba atravesando se le ocurrió consultarme.

La confianza que le suscité hizo que viniera, pues por la índole de las cuestiones que traía —“no físicas”, recuerdo que dijo— prefería esta privacidad y sus garantías.

El contenido de la entrevista nada tuvo de extraño: se trataba de una persona confiando a un analista sus problemas, pero el marco todo poseía para mí notable irrealidad, que se reforzaba por la naturalidad y creciente comodidad que él sentía.

Me sostuve sobre una disociación extrema, atravesado a la vez por reflejos que me llevaban a hacer lo correcto —se trataba, no olvidemos, de entrevistas, y a ello circunscribí explícitamente los encuentros que tendríamos— y por el miedo redivivo a las situaciones pasadas, cercanas y potencialmente vigentes.

Nunca apliqué con mayor tacto la prudencia en el abrir cuestiones y la búsqueda desde el comienzo de señalamientos eficaces, pero recortados, para que terminara lo antes posible la situación.

Un universo de pesadilla, insertado en mí vida a partir de las amenazas, concretizando la pesadilla nacional generalizada y quebrando la omnipotencia de indemnidad, retornaba en el ámbito valioso, reparatorio, de mi clínica.

Y con alguien humano, portador de un drama humano, que acudía a mí como cualquier otra persona, buscando alivio y en virtud de la valoración que me asignaba.

Se trataba para él del primer contacto con un analista y lo acuciante del problema que lo traía así como la confianza que me mostraba impregnaban de sinceridad sus manifestaciones.

¿Era un emisario del poder que me traía algún mensaje que implicaba salvación o desastre, o simplemente alguien que venía en busca de mis servicios y, por añadidura, experto en calibrar personas, como me dijo?

No tuve en momento alguno —y creo que además de ser un supuesto confortable era verdad— la impresión de que se tratara de una disimulada indagación sobre mí.

Por supuesto que eso le habría dado un sentido amilanante, pero el descarte surgía de algo que constituía una paradoja tranquilizadora, multiplicando el quiebre con lo común y corriente: si querían hacerme algo, dadas las circunstancias, ¿para qué sutilezas de película?

Todo lo cual constituía un reguero experiencial que llevaba a moverse en cotidianidades de parámetros corridos pero consistentes y que doblaban fantasmagóricamente la cotidianidad de vecinos y conocidos.

Matizados traumáticamente por encuentros ocasionales que concluían en: “Pero, ¿todavía estás acá?...”

La oferta de espacio que como cualquier analista suministraba a quien me consultaba, regulando el balance regresivo en virtud de tratarse de entrevistas de ubicación, tenía un punto de fuga que me impelía a concluir desesperadamente con lo que allí se daba, sin saber cómo hacerlo y mientras me veía desplegar actitudes y escucha según arte.

Pero en otro plano, que se filtraba desagradablemente desde las convicciones, aunque atractivo para el desamparo, latía la fantasía infantil de que siendo bueno podría mágicamente apaciguar al soberano, al poder discrecional lanzado sobre el país y mi vida.

Oscilación vislumbrada entre las hendiduras de un campo clínico que

recortado nada tenía de extraño y ni siquiera planteaba problemas de gravedad sintomática.

Lo cual era peor, pues concentraba la densidad de la experiencia como descomunal carga contratransferencial —en sentido estricto— no digerible ni compartible en el lugar.

Enlaces

La despersonalización está ligada a lo siniestro en tanto suele ser respuesta defensiva extrema ante su inminencia o desencadenamiento.

Se muestra también rondando con su especificidad ominosa las crisis de angustia, las vivencias que preceden ciertas formas de derrumbe esquizofrénico, el pánico homosexual agudo y eventualmente su transformación en delirio sensitivo de autorreferencia.

En todos estos casos se trata de tracciones desde núcleos patógenos que descalabran el espacio fantasmático privándolo de sus equilibrios espontáneos, lo cual es diferente a las situaciones que recién examinamos.

En ellas juegan, en efecto, acciones de magnitud empírica incomparables entre sí, pero con el denominador común de tratarse de la penetración, en contextos constituidos para dar cabida a relaciones de intimidad, de un poder que lanza al abismo de lo propio vuelto malo.

La cotidianidad adquiere un tinte infernal, pues el demonio es un ángel caído, sabedor por lo tanto de lo bueno y poseedor de recursos para invertirlo en su propia esencia.

Y los miedos que avanzan sobre la angustia señal hacen a la anticipación del dominio por esa ecuación poder-verdad.

De allí que la tortura se sitúe naturalmente en la secuencia, en tanto supone el ejercicio meticuloso de un saber sobre el Self corporal en sus itinerarios de goce/dolor, lo que asegura la respuesta total y su administración omnipotente.

El horror ante “trozos separados del cuerpo” que Freud especifica en su análisis, remite en este caso a una totalidad abarcada y poseída en el propio acto de desmembramiento, y a la liquidación por el tormento de lazos y lealtades que sostienen la autoestima y el propio ser de la víctima.

Decíamos que se trata, en los ejemplos, de contextos muy diferentes, pero precisamente un rasgo propio del psicoanálisis es hallar la vinculación entre situaciones aparentemente distantes, en virtud de detectar procesos y microprocesos similares. Eslabonamos así circunstancias dispares, para luego buscar su relación con sistemas alejados de la pertinencia analítica.

En nuestro primer caso, los ámbitos personales y de intimidad; en el segundo, el poder estatal, sus estructuras, modo de funcionamiento y articulaciones con la vida de la sociedad.

Es obvio que muchas de estas cuestiones nos trascienden a los analistas en cuanto tales, pero no debemos dejarnos atrapar por una agrimensura formal de incumbencias, pues lazos y conexiones existen.

No se trata, quede claro, de aplicar el prisma omnipotente de un psicologismo, sino de revelar las conexiones de una red que es precisamente aquella a cuya administración y uso feroz apelan, intuitiva o reflexivamente, los dispositivos de coerción y amilanamiento.

Tampoco es el caso de un explícito o subrepticio imperialismo explicativo —tentación de los estructuralismos psicoanalíticos— pretendiendo poseer claves universales de lo que subyace.

Como si el trazado de los cristales de hielo reproduciéndose en distintos órdenes de magnitud, o de las nevaduras de las hojas calcándose en las ramas de los árboles, sirviera para la simbólica humana: antiguo sueño de hallar la cifra universal, núcleo de un Pensamiento - Emanación - Creación.

Y tentación también de reduccionismos en pirámide invertida, que se refuerza cuando por crisis en los paradigmas somos convocados a opinar en contextos de alta problematicidad, carga emocional y consiguiente perentoriedad en la espera de respuestas.

La realidad social suele hacerse presente en el universo de problemáticas psicoanalíticas cuando ostensibles circunstancias externas se vuelven innegables, por lo que aparece como catástrofe, crisis o descubrimiento desconcertante.

Es decir, a la manera de un real indiscernible —en el mejor de los casos un conjunto inestructurado de factores— que se haría presente de manera espasmódica o insidiosa, perturbando lo que sin esa aparición constituiría el trajín de un oficio sobrellevando solamente los sobresaltos de la singularidad humana atravesada por la angustia, el miedo, la culpa.

En el caso de la institución del análisis y la ideología que en ella se reprocessa, suele potenciarse un efecto específico de cierre e ilusión de completud por la densidad de las cuestiones que se trabajan, así como por la movilización —en la clínica— de formas primarias de espacialización (genéricamente hablando, narcisistas) que fácilmente se proyectan al todo de la actividad, convergiendo con los modelos individualistas dominantes.

Esto va de acuerdo con concepciones extensivas de la realidad social, para las cuales esta comenzaría más allá del circuito de intimidad reglada de la clínica y de las elaboraciones conceptuales pertinentes.

Ilusión cuyas raíces anclan en la división social y técnica del trabajo y en las representaciones ideológicas de compartimentación tajante entre vida privada y pública, que se refuerza pues efectivamente hay determinaciones específicas no reductibles recíprocamente entre los ámbitos personal, psicosocial y macrosocial.

Pero ocurre que esta diferenciación —necesaria, y producto histórico de un largo desarrollo de la noción de subjetividad generalizada (o sea no reducida a la de los señores)— queda transformada fácilmente en recorte de esferas en las que podrían no transitar ni reflejarse las contradicciones sociales.

Tales ideas, que acompañan sin excesivas zozobras los “ejercicios profesionales” en el vasto reino de lo obvio de formaciones sociales en las que las contradicciones profundas son exitosamente ocultadas por la perdurabilidad institucional y el mantenimiento inercial de las rutinas, como ocurre en democracias tradicionales, fracasan periódicamente y a veces, como ahora en nuestro país, de manera muy honda.

He aquí una de las fuentes de esa típica nostalgia de los psicoanalistas por aquellos lugares donde la propia identidad podría construirse cabalmente, pues el trabajo de recorte ya viene dado y no es necesario rehacerlo cada día.⁸

El Estado terrorista desimboliza el pacto de garantías y vuelca a espacios arcaicos donde todo es posible. No se trata de la ausencia de Ley, sino del espanto de asistir a la construcción de una ley sobre el propio cuerpo entregado a merced del poder en su desnudez radical.

La analogía con la pesadilla se impone, y es válida, por el involucramiento total y la referencia a un mundo de experiencias terroríficas. Pero no todas las pesadillas son siniestras, pues para ello se requiere un trato especial con

la realidad, invadida en sus coordenadas de habitualidad; de ahí lo familiar de la cosa, destruida en lo valioso que la misma posee y en sus lazos con el régimen tácito y esencial de garantías humanas.

El buen acto de saber del otro en la entrevista clínica; el haber sido indagado por quienes estaban de *nuestro lado* en el puntual asunto frente a N.N.

Ambos, recortes tranquilizadores, pero formando cuerpo con las escenas temidas de la tortura como resolución última —o penúltima— de una identidad expuesta dadas las circunstancias, sostenida desde fraternidades concretas y propuestas ideal yoicas asumidas, aunque atravesada por las dudas frente a la eventualidad del propio sucumbir físico o moral.

Y todo proveniente de humanos, como aquél que me confiaba sus penas.

Hay sueños de espanto, lo sabemos, en que un fragmento del yo del soñante apacigua al resto haciéndole saber que se trata precisamente de eso, sólo un sueño.

Representación que condensa un aspecto del Self con identificaciones de objetos internos bondadosos que suministran, aún en la desconexión del reposo, el escape hacia la habitualidad.

Hacia la realidad vigil, como suele decirse.

En la circunstancia vivida la realidad, bajo el imperio del terror de Estado, era el reino de la arbitrariedad, de ahí que las bondades, lo correcto o circunspecto de tal o cual trato o personaje nada garantizaban en cuanto a lo que al instante siguiente podría sobrevenir.

Más aún, el alerta se reforzaba, pues todo podía, en rigor, ser parte de un engaño.

Los fragmentos buenos en el seno de experiencias terribles no son desdeñables; simplemente ocurre que es difícil unirlos, pues la argamasa tiene que provenir de la perdurabilidad viva de lazos que sostienen los pactos elementales por la vida.

La referencia de garantías se sostiene en la reiteración de gestos que refrendan cotidianamente seguridades de convivencia, que acumulan y dan forma consensual a las experiencias colectivas de desencuentros, luchas y acuerdos.

Lo abstracto de la ley y del Estado recrea su carne humana originaria cuando un continuo, irregular y conflictivo, pero existente, nos muestra en la experiencia cotidiana que los parámetros de regulación perduran.

Si —como alguien decía hace algunos años— al oír un llamado a la puerta por la mañana muy temprano pensamos que es el lechero quiere decir que estamos en democracia, por la presencia de una masa tácita de confianza que sostiene nuestra cotidianidad y nuestra instalación en el mundo.

Hay entonces cabida para espacios personales en los lazos y espacios de la sociedad civil y consistencia mantenida y reflejada —contradictoriamente— en la legalidad y el Estado.

Es allí donde se depositan las ansiedades primarias de desamparo más allá de los recintos primeros que les dieron cabida.

El amparo se va constituyendo en el encastrado del sistema de espacios al que hacíamos referencia al comienzo: el propio cuerpo en el habitáculo de la cotidianidad basada en el amor/confianza que cada uno pudo lograr, a su vez incluido en los ámbitos de intimidad continente y este, a su turno, en las seguridades de los pactos humanos y reciprocidades en regímenes de garantías legalmente sostenidos.

Son capas de protección constituidas por niveles sucesivos que fundan el trato con el semejante desde los encuentros primarios en más, habiendo metabolizado lo destructivo y localizado eficazmente sus remanencias.

Con todo ello contamos cuando emprendemos un análisis, y en la concentración transferencial tal sistema complejo se recrea en la consolidación del espacio analítico.

El trabajo en planos de regresión profunda e implicación transferencial así como la impregnación por el análisis de niños, psicóticos y "borderlines" o en contextos no convencionales, ha requerido teorizaciones a su altura: desde las modelísticas primarias pezón/boca, el rêverie, la basculación EP/D, el holding, los espacios transicionales, las diversas pieles, hasta la revalorización paulatina de lo traumático en los avènements primordiales y la constitución de seguridades ante el desamparo.

Tales pieles primordiales, espacios de ilusión consentida y registro onírico que continúa y a la vez suspende la vida vigil son atravesados e —insisto—

invertidos en su signo en las experiencias siniestras.

En indagaciones como la que nos ocupa se trata de poner en juego estos hallazgos en contextos diversos, lo que obliga a convocar nuestros recursos en los niveles de mayor riqueza con que sea posible y no a su dilución — pongamos por caso— sociologista.

Pues lo mejor que podemos hacer, con modestia paradójica, es pensar, comprender y explicar psicoanalíticamente hasta el límite, como si poseyéramos las claves para discernir la complejidad que se nos presenta, pero sabiendo que no es así.

Este gesto epistémico, sin duda riesgoso si prosigue en un envión omnipotente, es necesario para no cerrar *a priori* —y entonces sí con limitaciones, ignorancias y prejuicios de especialistas— la definición de aquello que nos es pertinente.

Pues tal demarcación sólo puede surgir de la convergencia y confrontación con lo elaborado por otros, no solamente provenientes de esferas del conocimiento distintas de la nuestra, sino de prácticas sociales que desde el dolor y la lucha los han imbuido de interrogaciones terebrantes y respuestas más o menos vertebradas ante experiencias que tocan los límites de lo humano. ♦

NOTAS

¹ En “Lo siniestro” Freud dice: “[...] Lo ominoso del vivenciar se produce cuando unos complejos infantiles reprimidos son reanimados por una impresión, o cuando parecen ser refirmadas unas convicciones primitivas *superadas*.” (O.C. T. XVII, pág. 248, Amorrortu, Bs. As., 1979). Esta precisión, que en el mismo lugar vincula con “[...] las convicciones animistas del hombre culto que se encuentran en el estado de lo *superado* (*Überwundensein*) [...]”, es crucial, pues la idea de “lo superado” señala, a mi entender, sin desarrollar, el nexo con elaboraciones posfreudianas referidas a distintas formas de “retorno” *desde espacios psíquicos de diferente calidad y estructura*.

² “Depresiva” está naturalmente dicho en sentido técnico, kleiniano y poskleiniano.

³ *Recordemos que Freud lo trae a colación como Selbstgefühl (sentimiento de sí) en “Introducción del narcisismo”*. (O.C. T. XIV, pág. 94., Amorrortu, Bs. As.)

⁴ José Bleger le asignó a la ambigüedad, por él estudiada de manera profunda y original, un lugar relevante en la temática de lo siniestro. Ver: “Ambigüedad y sincretismo en ‘Lo siniestro’ de Freud.”, capítulo IX de “Simbiosis y ambigüedad”; Paidós, Bs. As. 1967.

⁵ Las áreas de experiencia definidas por Enrique Pichón Rivièrè.

⁶ Plenitud –I. de la escena primordial. Se trata, en la nomenclatura de Bion, del vínculo de amor,

pero negativizado: la inversión del amor no es igual a la positividad del odio, y esa peculiar presencia de lo amoroso trocado en abismo es esencial en la experiencia de lo siniestro.

⁷ “[...] This chamber of Maiden Thought[...]” ([...] esta cámara de los pensamientos nuevos, iniciales [...]) al decir de Keats en las cartas a Reynolds, que da nombre a un hermoso libro de Meg Harris Williams y Margot Waddell; Tavistock/Routledge, London, 1991.

⁸ Este párrafo sintetiza una ponencia sobre “Realidad social y psicoanálisis”, en el IIº Congreso Metropolitano de Psicología. Publicación del Colegio de Psicólogos de Buenos Aires, Buenos Aires, 1983.

RESUMEN

El examen de lo siniestro da cuenta de aspectos esenciales del metabolismo simbólico de la subjetividad y de sus ligaduras con el mundo.

Se trata de una verdadera configuración existencial que muestra las raíces de nuestro ser desde el sesgo de una totalización arcaica y negativa.

Ella permite además examinar la imbricación entre determinadas circunstancias sociales y las estructuras que las soportan.

Puestos ante la experiencia de lo siniestro quedamos capturados masoquísticamente en una suerte de pasividad radical que nos fascina, frente a la enunciación evanescente de que algo esencial referido a nosotros mismos llegará a saberse.

Finalmente, se examina la relación de lo siniestro con la función de realidad y con la complejidad simbólica, presentando dos ejemplos personales de magnitud aparentemente muy diferente, para mostrar las razones de su similar repercusión.

SUMMARY

[“FROM THE OMINOUS. PSYCHOANALYSIS AND CIRCUNSTANCES”]

Examining the ominous essential aspects of the symbolic transformations of the subjectivity and its close ties to the outside world is significant. It is a factual configuration showing the roots of our inner being from the bias of a primitive, negative and all-embracing belief. In addition, it enables us to examine the overlap between some social circumstances and their supportive structures.

Experiencing the ominous we are masochistically captured by a sort of radical passivity, expecting an evanescent utterance addressed to our innermost self which will come to light.

Finally, two personal examples of apparently very different magnitude are introduced to illustrate their similar incidence in relation to reality and symbolic functions.

RÉSUMÉ

L'examen du sinistre rend compte des aspects essentiels du métabolisme symbolique de la subjectivité et de ses liaisons avec le monde.

Il s'agit d'une vraie configuration existentielle qui montre les racines de notre être à partir du biais d'une totalisation archaïque et négative.

Elle permette aussi d'examiner l'imbrication entre certaines circonstances sociales et les structures qui les supportent.

Mis devant l'expérience du sinistre nous restons capturés d'une manière masochiste dans une sorte de passivité radicale qui nous fascine, face à l'énoncé évanescence de que quelque chose essentielle rapportée à nous mêmes arrivera à se savoir.

Finalement, on s'examine la relation du sinistre avec la fonction de réalité et avec la complexité symbolique, en présentant deux exemples personnels d'une grandeur en apparence très différent, pour montrer les raisons de sa similaire répercussion.